

NÚM. II

FILOSOFÍA PITAGÓRICA.

PITÁGORAS.

§ 1. EXPOSICION HISTÓRICA DE SU FILOSOFÍA.

La doctrina de Pitágoras se sabe principalmente por Filolao de Crotona. Pero en los antiguos, en quienes apenas existe el método y obra tanto la imaginación, no se crea que se puede comprender y enlazar completamente un sistema, y baste solo descubrir el principio general de dicha doctrina. Los pitagóricos eran matemáticos, y apoyándose en consideraciones sobre los números y las figuras, reducen á relaciones numéricas la armonía y belleza de las cosas: sus resultados son números, y por esto la música es parte de la filosofía; los cuerpos son números, compuestos de unidades (*mónadas*): todas las cosas constan de números y fueron creadas conforme al tipo de los números.

Aun cuando la filosofía pitagórica no debiese interesar sobremanera á los Italianos como cosa patria, ocupa un lugar distinguidísimo en el saber de la antigüedad por la sublimidad de sus dogmas y por su conexión con los religiosos. Creemos, pues, á propósito presentar una extensa y la mas clara posible expresión histórica y doctrinal de ella, siguiendo las huellas de Ritter (1).

La vida intelectual estaba muy desarrollada en las colonias dóricas italianas, y es notable que la filosofía no se formase en un principio con el pensamiento indígena, y que tomase prestados de la Jonia sus fundamentos. Pero dado el primer impulso, encontró infinitos prosélitos y admiradores entre los habitantes de dichas colonias.

Pitágoras, Griego de Jonia, nacido en Sámos en la XL olimpiada, de la raza de los Pelasgos Tirrenos, se fijó en Crotona, colonia aquea. Su

(1) *Historia de la filosofía*, lib. IV.

vida está llena de fábulas, tan antiguas como la historia, y no sabemos por qué los escritores nos transmitieron mas tarde tantas particularidades sobre su fortuna y acción, en tanto que hablan tan poco de su carácter. Pero todas las tradiciones nos hacen creer que poseyó conocimientos extensísimos, y aunque no podamos obtener su conjunto, podemos juzgar hasta cierto punto de los objetos sobre que versaron sus investigaciones. Este filósofo se halla colocado entre los fundadores mas insignes de las ciencias matemáticas; tradición confirmada aun con la dirección que tomó la escuela pitagórica, á la que se refiere todo lo que se cuenta de él, que determinó la medida y peso de las cosas, descubrió los sonidos musicales y adelantó la astronomía. Esto parece mas verosímil, si se reflexiona el progresivo desarrollo científico de la escuela de Pitágoras. Por esto mismo nos inclinamos á creer que hiciese algunos experimentos en medicina; mas parece que estos se limitaron á los efectos de la música sobre el corazón humano (1). Y si atendemos á que semejantes esfuerzos tenían por objeto la educación moral del hombre y que la gimnástica era considerada como una parte de la educación de todos los Griegos, y particularmente de los pitagóricos, no es inverosímil que él haya sentado algunos principios de gimnástica ó que haya hecho conocer la general importancia de esta para la vida moral.

Semejantes conocimientos revelan la parte importante de su vida menos que el círculo tradicional descrito en torno suyo. Todas las narraciones históricas ó fabulosas sobre la vida de Pitágoras nos pintan á este como un taumaturgo, un santo, que enseñaba una ciencia divina. Su cuna está rodeada de prodigios: uno le llama hijo de Apolo, otro de Mercurio: en

(1) DIÓGENES LAERCIO, VIII, 12; PLINIO, *Historia nat.*, II, 8; CELSO, *De medic.*, I, pref.; JAMBlico, *Vida de Pitágoras*, 124, 243.

su nacimiento aparece resplandeciente con una luz divina; se vió que uno de sus muslos era de oro: el Escita Abáris vino á visitarle montado en una flecha de oro; fué visto al mismo tiempo en muchos sitios; los animales obedecían su voz; el dios de un río le habló. Mercurio le había dotado de la facultad de recordar toda su vida pasada, y sabía desarrollar en otros esta portentosa memoria: comprendía la armonía de las esferas y sus palabras pasaban por verdades infalibles. ¿Qué extraño es que los crotoniats le llamasen el Apolo hiperbóreo?

Pero estas opiniones ó fábulas no pueden haber tenido por objeto á un hombre solo, si él no se hubiera atribuido, ó sus coetáneos no le hubiesen concedido relaciones mas estrechas con la Divinidad que las que tenemos los demas hombres. Los testimonios antiguos no son dudosos, y baste citar el primero, que es el de Herodoto, el cual habla de un culto secreto de los pitagóricos, de orgias pitagóricas y de un ritual de este culto (1). Y si encontramos que la ciencia de los números, la geometría, la astronomía, la música, la misma medicina y la gimnástica, uniéndoles la orquística, estaban entre los pitagóricos íntimamente unidas al culto divino, entónces no podrémos dudar que el punto central de todos los conocimientos de los pitagóricos, y probablemente del mismo Pitágoras, debe buscarse en el culto secreto establecido por Pitágoras, y que sus prosélitos creían mas santo que el público y oficial.

Muy curioso sería saber cómo un hombre tan maravilloso como Pitágoras llegó á ser tal cual mas tarde se mostró, y cómo pudo adquirir tanta influencia. Las conjeturas se apoyan en parte sobre las tradiciones históricas; pero al que reflexiona cuántas fábulas corrieron despues sobre Pitágoras y cuán poco sabemos por testimonios antiguos, le es difícil discernir lo verdadero de lo falso. Las tradiciones posteriores sobre su educación no nos enseñan nada de positivo: estas le dan por maestros de geometría á los Egipcios, de aritmética á los Fenicios, de astronomía á los Caldeos, de las cosas sagradas y morales á los Magos; de modo que no debió nada de su ciencia á los Griegos, al paso que la debió toda al Oriente. Mas por otra parte dos sabios griegos desconocidos, Creofilo y Hermodámas, dos de los siete sabios, Táles y Bias, y también el físico Anaximandro y el mitógrafo Ferecídes, pasan por maestros suyos. De estas opiniones merecen atención la que hace á Pitágoras discípulo de los sacerdotes egipcios y la que le da por maestro á Ferecídes (2).

Siendo el Egipto para los antiguos Griegos el país maravilloso por excelencia, y debiendo este por su civilización aislada y original exci-

(1) Lib. II, 81. — Cf. ARIST. ap. JAMBlico, *Vida de Pitágoras*, 31.

(2) DIÓGENES LAER., I, 118; CICERON, *De divin.*, I, 49.

tar la admiración de los Griegos desde que le conocieron, bien puede suponerse que un hombre tan extraordinario tuviese relaciones con el Egipto. Confirman tal opinión su doctrina sobre la metempsicosis y otros preceptos ascéticos. Una tradición juiciosa y antigua hace viajar á Pitágoras por lejanas tierras ántes de fijarse en Crotona: viaje muy verosímil. Añade esta tradición que Sámos estaba en relaciones con el Egipto, tanto por medio de los comerciantes, cuanto por la comunicación que con este país tenía el tirano Policrates, con el cual Pitágoras estaba en correspondencia, segun parece. No por esto podemos deducir que estuviese iniciado en los misterios de los sacerdotes egipcios, pues que ni los testimonios son suficientes, ni las constituciones de la casta sacerdotal egipcia lo dejan creer. Un conocimiento superficial de las opiniones y usos egipcios basta para dar razón de las analogías que existen en la doctrina y en las instituciones de Pitágoras. La geometría, que Herodoto cree transmitida á los Griegos por los Egipcios, estaba entónces en su infancia: los Griegos son los primeros que le dieron forma científica y no habian podido aprender de los Egipcios mas que prácticas empíricas. La doctrina de la metempsicosis era pública entre los Egipcios, y Pitágoras no tuvo necesidad de aprenderla de ellos, estando tan difundida como la de la inmortalidad. El no sepultar á los muertos con vestidos de lana y la abstinencia de algunos alimentos, son prácticas externas de bien poca influencia sobre la formación interna del hombre, y que no suponen el conocimiento de los misterios sacerdotales; cuanto mas que muchas cosas fueron invenciones posteriores. Solo es de notar la manera simbólica de expresar los propios pensamientos: pero es propio de todo culto público ó secreto el expresarse simbólicamente; sino es cuando el sentido simbólico es evidente en el público, y en el secreto solo accesible á los iniciados. Nosotros poseemos los símbolos egipcios y los pitagóricos; mas por lo que podemos juzgar, no hay mas que una lejanísima semejanza entre unos y otros. Los símbolos numéricos predominaban entre los pitagóricos, los cuales tienen ciertas reglas de la vida enteramente conformes con la moral y con los usos griegos. Quedan, pues, los símbolos geométricos de los pitagóricos, en los que se podrá encontrar alguna semejanza con los jeroglíficos egipcios; pero si se reflexiona que están íntimamente unidos con sus símbolos numéricos, por cierto desaparecerá aquella.

Algunas historias hacen á Pitágoras casi contemporáneo de Ferecídes; pero en estas el nombre de Pitágoras no significa nada, pudiéndosele sustituir cualquiera otro. Principalmente se quiere atribuir á Ferecídes el dogma de la metempsicosis: mas no encontramos indicio alguno de que Pitágoras haya introducido en su filosofía ninguna de las narraciones míticas de Ferecídes; ántes por el contrario, Aristóteles

atribuye á ambos opiniones diametralmente opuestas sobre el origen de las cosas (1).

Ninguna, pues, de las tradiciones indica históricamente el origen de su instrucción: por lo que podremos considerar á Pitágoras como principal maestro de sí mismo, y como resultado del gran movimiento científico de su tiempo. Apreciando la influencia de su siglo sobre él se explica fácilmente cómo con solos sus propios esfuerzos pudo llegar á ser tal cual le conocemos, esto es, un hombre de tan grande influencia sobre los conocimientos científicos y sobre los sentimientos morales de sus contemporáneos y de la posteridad. Ya los elementos de las ciencias matemáticas se habían formado entre los Griegos: se les había añadido la observación astronómica, como el problema del origen é importancia cósmica de los astros; la música y la gimnástica se empleaban para formar el espíritu y el corazón: los gnomos de los poetas y de los sabios proclamaban máximas de conducta, y la contemplación religiosa de las cosas era cada vez más viva entre el pueblo y podía llegar á ser mucho más pura. Hallando en esta inclinación religiosa el centro de los pensamientos y de las investigaciones de Pitágoras, difícilmente se cree que su filosofía fuese esotérica; pues los vanos esfuerzos hechos para encontrar el misterio en este período de la civilización griega, muestran con evidencia que el espíritu griego se bastaba completamente á sí mismo para entregarse á semejantes contemplaciones: para esto es suficiente citar á Epiménides y Empédocles. Por esto vemos que la tradición hace derivar las ideas religiosas de Pitágoras de fuentes griegas, y además de hallarse su doctrina esotérica contenida enteramente en los poemas de Orfeo, se le hace viajar á Creta é iniciarse en los misterios de la gruta de Ida (2). Cuentan también que aprendió de Temistóclea, sacerdotisa de Delfos, la mayor parte de sus principios morales relativos á la religión, es decir, su doctrina ascética, y se puede igualmente presumir que recibió de sus mayores, Pelasgos Tirrenos, una tradición sagrada, que desarrolló después solo conforme á sus intentos.

La palabra *orgia*, empleada por Herodoto hablando de las asambleas pitagóricas, no deja duda de que expuso sus miras religiosas en una doctrina secreta, y nos confirma que los pitagóricos tenían por dogma no enseñar todas las cosas á todos (3). Estas orgías parece que se difundieron también por la Grecia propiamente dicha, á lo ménos Herodoto habla de ellas como de una cosa conocida; pero donde se propagaron principalmente fué en la Magna Grecia. Por esto diferentes tradiciones, entre

(1) *Metaf.*, I, 7, ap. Stobeo, *Ecl.*, I. — Cf. Diógenes Laerc., I, 119; Arist. *Metaf.*, XIV, 4.

(2) *Jamblic.*, *V. de Pit.*, 25; Porfirio, *V. de Pit.*, 47; Diógenes Laerc., VIII, 3.

(3) Aristof., ap. Dióg. Laerc., VIII, 15; Arist., ap. *Jamblic.*, *V. de Pit.*, 31.

las cuales no es posible discernir la más probable, atribuyen á Pitágoras grande influencia en las colonias italianas. De Sámos pasó á Crotona á los cuarenta años (1). No repetiremos las narraciones maravillosas de este viaje suyo, del culto que allí encontró y de la pronta revolución moral que produjo. Solo observaremos que, según tradiciones supersticiosas, estableció allí un género particular de vida para aquellos que se unieron á él, el cual se perpetuó entre los pitagóricos, y es considerado con razón como una vida privada; pero estas como todas las tradiciones sobre la reforma civil de Crotona y de otras ciudades parecen exageradas, aunque no pueda decirse por esto que no pudiese inculcar principios políticos dirigidos á un cambio lejano de constitución civil. Muchas cosas cuentan acerca de la política de Pitágoras (2), que propendían (según se dice) á la aristocracia: su éxito lo hace verosímil, y lo hace también presumir la conexión íntima de la religión antigua con la política en las orgías pitagóricas. Lo que no se debe creer es que los misterios de los pitagóricos fuesen solamente políticos; al contrario parece hallarse al centro de la vida común pitagórica en una doctrina religiosa secreta.

La institución de Pitágoras se considera como una sociedad secreta; pero muchas tradiciones sobre esta materia llegaron á ser con el tiempo increíbles á fuerza de exageraciones, y los mismos hechos que refieren, se miraron como imposibles. Antes de ser iniciado, era necesario pasar precisamente por pruebas ó iniciaciones de un orden inferior, todas regidas por sus estatutos. Se cuenta como un hecho particular de Pitágoras, que este examinaba primero la fisonomía del candidato, y después le acostumbraba al silencio mientras el noviciado, acerca de cuya duración hay bastante variedad (3). Nos parece conforme con la institución que los pitagóricos estuviesen divididos en clases, según el número y el grado de las pruebas; mas nada puede decirse sobre estas diferentes clases, que comúnmente se distinguen con los nombres de esotéricos. No es extraño que en una comunidad religiosa se guarde miramiento en muchos puntos al respeto que inspira el primer fundador, y tal es verosímelmente la interpretación del famoso *Ipse dixit*. Tampoco es de admirar que muchas mujeres fuesen admitidas á sus iniciaciones sagradas. La unión de fraternidad pitagórica dependía de un género de vida común y de la uniformidad de los ejercicios de todas las clases, corporales ó intelectuales. Los reglamentos de la comunidad se componían en parte de sentencias simbólicas, cuyo sentido se vislumbra, pero no se puede descifrar con certeza; y en parte de reglas de conducta expresadas con claridad, de las cuales ha llegado tal

(1) *Id.* ap. Porfir., *V. de Pit.*, 9.

(2) Varro, ap. Agust. *De ordine* II, 54; Possidoro, ap. Seneca, *Epist.* 90.

(3) *Gelio*, N. *Attica*, I, 9; *Jamblico*, *V. de Pit.*, 2.

vez hasta nosotros cierto número con el nombre de *Versos áureos*. Á este género de vida de los pitagóricos pertenecen los banquetes en comunidad (*σοσολία*), y por cierto los pitagóricos deben haber recibido de Pitágoras reglas particulares sobre los alimentos; pero en esto las tradiciones no están de acuerdo: finalmente habrán observado prácticas particulares en la sepultura de los iniciados (1). La comunidad de bienes puede considerarse como una exageración de las más recientes, en atención á que muchas tradiciones parece que hablan de bienes particulares de algunos pitagóricos (2).

La unión de los pitagóricos fué muy favorable á un desarrollo científico especial. Acerca de esta especie de ciencia ya hemos hablado, y hemos dicho que el sentimiento religioso podía considerarse como el lazo que unió todos los dogmas de Pitágoras; pero que los objetos primarios de su estudio eran las matemáticas y la música. Ahora bien, como es natural que investigaciones filosóficas se unan al sentimiento religioso desde el momento en que este es susceptible de un movimiento científico, debemos presumir que hubiese en el mismo Pitágoras cierto desarrollo filosófico. Confesemos, sin embargo, nuestra incertidumbre, ya que Platon y Aristóteles, que fueron los que mejor hablaron de las doctrinas de sus predecesores, no dicen que tratase cuestiones filosóficas, y las aserciones de escritores posteriores merecen poco crédito, pues atribuyen toda la instrucción de los pitagóricos al mismo Pitágoras. Lo que solo podemos presumir es que el primer germen del conocimiento filosófico, fecundado más tarde entre los discípulos de Pitágoras, fué concebido por este.

Se ha pensado también que la fraternidad pitagórica estaba dividida á semejanza de la trasmisión de la filosofía, de modo que ciertas doctrinas no se enseñasen más que á los esotéricos, otras á los exotéricos, y ninguna á las personas extrañas. Por esto se habla de indiscretos despedidos y reveladores á quienes se hizo perecer. Pero reflexionemos que los testimonios antiguos hablan de misterios de los pitagóricos; pero no de misterios filosóficos, y solo los posteriores, amigos de arcanos, hablan de una filosofía pitagórica. Lo que tenía relación con la doctrina religiosa interior, debía mantenerse secreto; pero no había razón para tener oculto lo que podía exponerse libremente y de un modo inteligible á todos, como puramente científico. Ahora bien, es natural que á

(1) Herodoto, II, 81. La prohibición de comer habas, deducida de un manuscrito de Aristóteles no auténtico, es de institución egipcia; pero Aristóteles dice por el contrario que Pitágoras recomendaba las habas con preferencia. *Gelio*, IV, 41. La prohibición de alimentarse de pescado estaba en uso entre los Egipcios. En cuanto á las carnes, la tradición varía. Lo mejor es seguir á Aristóteles, que dice se abstendían de ciertas partes de las vísceras y de ciertas clases de pescados.

(2) Tal vez provino esta tradición de contribuir cada uno de ellos para los banquetes comunes, y del dogma de que todo debe ser común entre amigos.

medida que la filosofía se desarrollaba entre los pitagóricos, brillase más claramente su fisonomía científica. Por el contrario, en los principios se perdía en sus fuentes, y en las tradiciones y máximas religiosas, y por consiguiente se tenía más secreta en lo interior de la comunidad. Confirman esto las tradiciones que nos representan á Pitágoras y á sus discípulos como no habiendo escrito nada que pudiese descubrir al público sus doctrinas, y nos demuestran que trascurrió mucho tiempo antes que las doctrinas pitagóricas se difundiesen por la Grecia (1).

Esto comprueba el objeto de la institución pitagórica. Los pitagóricos, por lo que se nos dice, habían adquirido grande influencia en los negocios políticos de Crotona, y establecido una forma de gobierno casi aristocrático. Esta influencia debió también extenderse á las otras colonias griegas de Italia, Sibaris, Metaponto, Lócris, Taranto, y haber sido particularmente hostil á la tiranía. Por aquel tiempo un cierto Télis se hizo tirano de Sibaris, y los aristócratas, sus enemigos, huyeron á Crotona; habiendo pedido aquel su extradición, los Crotoniats la negaron á instancias de Pitágoras: con este motivo se encendió la guerra entre las dos ciudades vecinas, y los Crotoniats, á las órdenes del pitagórico Milon, vencieron á los sibaritas, que eran poderosos, pero afeminados, y destruyeron su ciudad. Mas este ceso fué funesto á los pitagóricos, porque se armó una disputa, al repartirse el botín tomado á los sibaritas, entre aquellos y el partido popular, cuyo jefe Chilon, que no había sido admitido en la comunidad pitagórica por sus malas costumbres, acometió en medio de un motin á los pitagóricos reunidos en casa de Milon, donde pereció la mayor parte. Pitágoras se escapó y se refugió sucesivamente en varias ciudades de Italia; pero habiéndose extendido también á estas la persecución contra los pitagóricos, halló al fin la muerte en Metaponto. Los Griegos de Italia le veneraron, y se mostró á Ciceron el lugar en que se creía que había perecido (2).

La persecución contra los pitagóricos tomó un grande incremento en los Estados de Italia: las casas en que se reunían los pitagóricos fueron incendiadas y los mejores ciudadanos desterrados, hasta que las facciones se reconciliaron por mediación de los Aqueos y se introdujo la forma de gobierno de estos, es decir, la democracia (3). Podemos considerar esta persecución de los pitagóricos y los dogmas políticos

(1) *Plutarco*, *De Alex. fort.*, I, 4; *Porfirio*, *V. de Pit.*, 57; *Diógenes Laerc.*, I, 16; VIII, 15; *Galeno*, *De Hipp. et Plat. plac.*, V, 6; *Jamblico*, *V. de Pit.*, 199. — Todos los escritos atribuidos á Pitágoras y á los antiguos pitagóricos son apócrifos; exceptuáanse algunos escritos mistagógicos, que parecen haber estado en uso en los principios en provecho de las supersticiones de toda especie. Algunos escritos pertenecen tal vez á los primeros tiempos de la sociedad pitagórica. Cf. *Dióg. Laerc.*, VIII, 7, *cum not. Menag.*

(2) *De finib.*, V, 2.

(3) *Polibio*, II, 38.

de estos como causa de la aparición de muchos de ellos en la Grecia propia, si bien quedaron muchos en Italia, donde ejercieron una grande influencia política.

Las tradiciones sobre la propagación de la escuela pitagórica son invenciones evidentes. La lista de los pitagóricos daría a esta escuela una extensión increíble, aunque muchos fueron llamados pitagóricos sin haber tenido nada que ver con estos filósofos. La grande extensión que mucho más tarde y aun antiguamente recibió la esfera de actividad de los pitagóricos, se explica con tres razones principales: la primera consiste en los esfuerzos que hizo Pitágoras para acumular todo género de honores sobre su institución; la segunda en la unión que se estableció entre los que participaban de las orgías pitagóricas y los que se aplicaban a la filosofía de Pitágoras, y la última en que tenían el mismo sentido las palabras filósofo italiano y filósofo pitagórico. Es de creer que poco antes del nacimiento de Cristo, cuando crecía el celo por la filosofía misteriosa y milagrosa, que se llamaba también pitagórica, se compusieron las muchas obras que han llegado hasta nosotros en todo ó en parte, y que fingidamente llevan el nombre de antiguos pitagóricos. La crítica moderna ha probado que los escritos atribuidos a Timoteo y a Architas no son auténticos, que la obra sobre la naturaleza atribuida a Ocelo de Lucania no pudo provenir de un pitagórico. Muchos fragmentos que se pretenden ser de Architas, y todos los que se atribuyen a Brontino, a Eurifano y a otros pitagóricos antiguos, son evidentemente supuestos. Puede además demostrarse que Alceon, médico crotoniata contemporáneo de Pitágoras, de quien se nos han conservado muchas opiniones, no debe ser colocado entre los pitagóricos, y que Hipaso, Ecfante, Empédocles y Eudoxio no pertenecen a la serie filosófica de esta escuela.

Solo hacia los tiempos de Sócrates la tradición relativa a los pitagóricos empieza a presentar alguna certeza histórica. Redúcese esta principalmente a cuatro ó cinco hombres grandes, Filolao, Lisídes, Clinias, Eurito y Architas. Filolao fué en Tébas maestro de Simmias y de Cebes, antes de que fuesen discípulos de Sócrates; Lisídes fué por algun tiempo maestro de Epaminondas; Architas fué contemporáneo de Dionisio el joven y de Platon; los otros fueron casi contemporáneos. Nos inclinamos a creer que Filolao, Clinias, Eurito y otros fuesen discípulos de Aréas, que habia aprendido la filosofía pitagórica en Italia. Si esto fuese así, semejante doctrina habria sido cultivada una generación antes, sin negar que los primeros rudimentos hayan existido con anterioridad en la institución pitagórica. Sin embargo, no nos es conocida, sino tal cual nos la transmitieron Filolao, Eurito y Architas. Lisídes y Clinias no parece que hayan escrito para el público, ni tampoco Eurito. Nosotros presentaremos como

doctrina pitagórica lo que Platon y Aristóteles dicen de la doctrina de estos filósofos y de otros de nombres menos conocidos.

En general se pinta a los pitagóricos como unos hombres respetables, que aspiraban a observar una conducta irreprochable. Su mucha influencia sobre las costumbres y la ciencia de su tiempo es notable, principalmente en lo que se cuenta de Architas. La oscuridad de su historia puede deducirse del hecho de no hallarse nada seguido sobre la vida de este famoso hombre de Estado y célebre sabio: la causa de esto es el olvido en que cayeron las colonias italianas. Este hombre, que fué el más célebre habitante de Tarento, su patria, estratego seis ó siete veces, nunca vencido, que tuvo y mereció toda la confianza de sus conciudadanos, que tenia tanto imperio sobre sí mismo y costumbres purísimas, y que a la prudencia nacida del conocimiento de los hombres unia el candor afectuosísimo de un niño y tal sencillez de costumbres, que en su casa vivía como un verdadero padre de familia (1), halló todavía tiempo suficiente para hacer descubrimientos científicos importantísimos y para componer muchos escritos. Sus descubrimientos pertenecen principalmente a las matemáticas y otras ciencias inmediatas a estas; y no solo la mecánica teórica, sino también la práctica le presentan como un excelente modelo. Creó para la música una teoría estimada de todos los músicos posteriores; también escribió de agricultura. Otras muchas cosas se dicen de sus doctrinas filosóficas; pero es de temer que no sean más que errores de sus posteriores apoyados en escritos supuestos, no teniendo casi autoridad los escritos que se le atribuyen.

La patria de los pitagóricos y las ciudades en que vivieron, nos dejaron noticias sobre la propagación de la filosofía pitagórica en los últimos tiempos. Filolao era Tarentino ó Crotoniata; enseñó en Tébas, mas debió permanecer allí poco tiempo, y otra tradición le hace vivir en Heráclea, en Lucania. Clinias era tarentino y vivió en Heráclea; Eurito, de Crotona ó Tarento, vivió en Metaponto; Architas en Tarento y después en el Peloponeso. Los últimos pitagóricos de quienes se habla, son Xenofilo de Calcis en Tracia, Fanton, Echechrates, Diócles y Polimnastes, todos de Fliunte. Aristógenes discípulo de Aristóteles, debió haberlos conocido, por lo que es probable que habitasen en la Grecia propiamente dicha.

Distinguiremos a estos de los que llamándose pitagóricos introdujeron en Grecia prácticas supersticiosas y una pretendida ciencia mágica. Estamos convencidos de este abuso de las orgías pitagóricas; pero aunque no podamos creer que reinó en todo, debió reinarse en la mayor parte. Los testimonios de esto no son más antiguos que Ciceron; pero reflexionando que en general empezaba entonces la superstición a

(1) VITREVIU, IX, 3.

circular públicamente, que los usos y las congregaciones secretas de los pitagóricos favorecían la superstición más grosera, que debía naturalmente hallarse un germen de superstición en las prácticas religiosas de los pitagóricos, y que pronto aparecieron muchas señales de la decadencia de la escuela pitagórica, no vacilaremos en suponer que entre los antiguos pitagóricos hubo personas que trataron de sacar provecho de la superstición del pueblo, mediante artificios engañosos. Ni es inverosímil que los pretendidos escritos de los primeros pitagóricos, como los discursos sagrados, el cuento de un descenso al infierno, con ocasión de lo cual hasta en los tiempos de Augusto se procuró probar que Pitágoras no era su autor, sino los antiguos pitagóricos, como Cercope y Brontino (1); no es inverosímil, vuelvo a decir, que propendiesen a difundir y fortificar la superstición. Mas aunque las opiniones de los pitagóricos nos hayan sido transmitidas por escritores antiguos, conviene examinar si tales pitagóricos fueron filósofos ó charlatanes religiosos, como los antedichos.

Creyendo nosotros que el engrandecimiento filosófico de la escuela pitagórica empezó desde el mismo Pitágoras, y que el espíritu filosófico se conservó hasta Architas, debemos suponer que hubo una serie de perfeccionamientos filosóficos. Pero como los primeros pitagóricos hasta Filolao probablemente no escribieron, conocemos menos los principios de esta filosofía que sus últimos resultados. Ahora conviene saber si en la escuela pitagórica, así como en la jónica, se desarrollaron miras enteramente diferentes en cuanto al principio, y si en su consecuencia con el nombre de filosofía pitagórica entendemos una doctrina sola y sistemática, aunque no pueda tal vez reducirse a una misma idea dogmática. Para saber esto, conviene primero tener presente que en realidad en la filosofía de Pitágoras pueden distinguirse tendencias diferentes entre sí, sin que sean de tal modo opuestas que no puedan reducirse a un punto de vista común y fundamental. En este caso los pitagóricos no pueden ser comparados con los jónicos, sino con los eleáticos. La estrecha fraternidad en que vivían favorecía la identidad de las opiniones principales, y no es inverosímil que algunos hayan sido rechazados por la comunidad a causa de su doctrina disidente; de otro modo no sería verdad que los pitagóricos atendían a la pureza de las costumbres. No se ha empleado razonablemente la autoridad de Aristóteles para probar que entre los pitagóricos habian reinado muchos principios generales diferentes. Aristóteles dice, sí, que los pitagóricos habian tenido variedad de opiniones; pero se expresa así solamente respecto de las cosas importantes, bien se ve que no habla sino de los filósofos pitagóricos conocidos por tales, y que distinguía a

(1) DIÓGENES LAERC., VIII, 3, 32.

estos de los que solo lo eran de nombre. Cuando después atribuye una doctrina importantísima a algun pitagórico solamente, nosotros no vemos en esto razón para distinguir diversas clases de pitagóricos, pues que tal doctrina indicada como no común a ellos, no es sino una explicación más detallada de la que todos los demás profesaban relativamente a los principios contrarios que rigen el mundo. Y como esta doctrina en el fondo no se diferencia sino aparentemente de la universal, debemos admitir que no recibió una forma determinada sino en los tiempos posteriores. Pero Aristóteles, la guía más segura en la investigación sobre la doctrina pitagórica, considera esta como una, y la opone terminantemente ya a la jónica y a la eleática, ya a la platónica, y como es natural, encuentra en ella diferentes grados de perfección y diferentes modos de observarla.

§ 2º. DOCTRINAS DE LOS PITAGÓRICOS.

No nos atenderemos más que a Aristóteles y a los escritos y fragmentos antiguos, no deteniéndonos sino con circunspección en las tradiciones sucesivas, en las cuales reina una extraña confusión de antiguo y nuevo, y de falso y verdadero. Ciertamente es difícil distinguir las tradiciones nuevas de las antiguas; pero aquí la dificultad aumenta, porque los pitagóricos se servían de signos simbólicos, susceptibles de interpretaciones diferentes; nunca el símbolo corresponde exactamente a las cosas significadas, y empleaban en diferentes sentidos el mismo signo y la misma fórmula.

Ni puede tomarse más que en sentido simbólico la fórmula con que expresaban la proposición general de su doctrina: El número es la esencia *ὄντα* ó el principio (*ἀρχή*) de todo. ¿Qué entendían por número en la acepción de principio supremo de las cosas? Ciertamente tomaban su punto de partida de las matemáticas, y por consiguiente de la forma y de la materia del mundo sensible. Por esto Aristóteles deducía la doctrina de los pitagóricos de su predilección por las matemáticas. Comenzaban, pues, ellos por estas ciencias, y no salían de ellas, supuesto que consideraban los números como principios de la esencia matemática. Podemos por lo tanto mirar la ciencia de los números en los pitagóricos como un medio predilecto de representar las ideas; pero valiéndose en él de muchas comparaciones lejanas y pruebas defectuosas para confirmar su opinión. También otras doctrinas pretendían reducirlo todo a número y medida, ó suponían un misterio profundo en los números y en las figuras; mas todas se vieron obligadas a recurrir, para apoyar sus teorías, a toda clase de analogías fantásticas y vanas. No es, pues, extraño que Aristóteles observe que los pitagóricos para apoyar sus especulaciones establecieron muchas semejanzas entre los números y las cosas, y cuando ambos términos de la comparación no coinci-